

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

# REVISTA DE HISTORIA

Director: el Decano, DR. ELÍAS SERRA RÁFOLS

Tomo XV

La Laguna de Tenerife (Islas Canarias)

Año XXII

## Los árabes y las Canarias prehispanicas

por E. SERRA

*A la memoria del inolvidable amigo  
Emilio Hardisson y Pizarroso.*

Después de los trabajos de Dozy y de algunos otros arabistas sus contemporáneos, la historia de la España musulmana y la contribución de ella al conocimiento de la España cristiana parecieron haber llegado a un estado definitivo. Aparte pequeñas aportaciones aisladas, la formidable construcción de aquella escuela parecía inmejorable, no ya porque estuviese exenta de lagunas, sino porque ya no quedaban materiales utilizables para rellenarlas.

Recientemente, con la labor de los eruditos franceses en Marruecos, ante todo la de Lévi-Provençal y la penetración de la cultura científica europea en el Oriente musulmán, ha habido que rectificar aquella apreciación. Nuevos textos históricos y literarios han sido exhumados y han dado noticias importantes e imprevistas sobre períodos o episodios de nuestra historia islámica.

No nos cabe una esperanza de este género por lo que hace a los textos árabes referentes o alusivos a estas Islas Canarias. Estos textos han sido coleccionados desde hace tiempo. El erudito portugués Costa de Macedo los reunió en una memoria especial, hace ya más de cien años (1).

(1) JOAQUIM JOSÉ DA COSTA DE MACEDO, *Memoria em que se pertende provar que os Arabes nao conhecerao as Canárias antes dos Portugueses*, Lisboa, 1844.

Creemos estar suficientemente informados para asegurar no sólo que nada nuevo ha sido hallado después, sino para añadir que dada la naturaleza misma de los textos ya conocidos, carentes de originalidad, nada nuevo debe esperarse.

Pero en la renovación de la historia árabe española ha tenido casi tanta parte la mejor interpretación y valoración de los textos conocidos, como la aportación de otros nuevos (2); ellos nos indujo a pensar, ya hace años, en la conveniencia de revisar aquellas noticias, buscando traducciones responsables basadas en textos depurados, que acaso ofrecerían algún matiz diverso del recibido que permitiese una interpretación más ajustada a su contexto. Tratamos pues de procurarnos, por lo menos en cuanto a los fragmentos más interesantes o característicos, aquellos textos y aquellas traducciones, cosa no muy fácil para los que no somos arabizantes. Merced a inestimables colaboraciones de especialistas españoles y franceses, los señores Emilio García Gómez, catedrático de árabe en la Universidad de Madrid, y Henri Terrasse, Director del «Institut d'Hautes-Études Marocaines» de Rabat, y también a la constancia y diligencia de nuestro colaborador y amigo D. Emilio Hardisson Pizarroso, podemos ofrecer estos fragmentos, en su texto original para verificación de arabistas, y en traducciones castellanas cuidadosas; cotejo importante, porque de alguno de estos pasajes corren versiones muy alteradas (3).

Llevada a cabo esta labor de revisión, nuestro objeto general al publicarla es más el de hacer resaltar; frente a fantasías corrientes, su carácter negativo, que el de exponer resultados nuevos. Si algunos se pueden conseguir, se derivarán más bien de otro tipo de fuentes de conocimiento que de la literatura árabe. Y es que los textos de esa literatura que hablan de estas Islas o de temas con ellas relacionados son escasísimos, contra lo que se podría pensar quien se tome la paciencia de inventariar todos los pasajes de autores musulmanes que hablan de las islas del Océano o Mar de Circunvalación del Mundo. No es sólo ya el conocido hecho de que la mayoría de las obras científicas árabes son simples antologías de fragmentos de autores anteriores, mencionados o no, sino que estos mismos pasajes que se transmiten de un autor a otro más o menos alterados son en nuestro caso simple eco de lo que de las Islas dicen los clásicos greco-latinos, vestidos ahora con ropaje oriental. Así, pues, cuando los viajeros o geógrafos árabes, al hablar en sus obras, por otros as-

---

(2) Véase como ejemplo curioso de ello el caso expuesto por GARCÍA GÓMEZ, en *Guerros y suegras*, «Al-Andalus», XIII, 1948, pág. 293. No obstante, no nos referimos a errores flagrantes de traducción, sino más bien a una comprensión mejor merced a su cotejo mutuo y estudio crítico

(3) Así la del fragmento de IBN QUTAYBA debida a JULIÁN RIBERA como luego diremos.

pectos tan valiosas, de las islas del primer clima o zona en que dividen la tierra habitada siguiendo a la escuela de Ptolomeo, se limitan a repetir una referencia ajena, tenemos ya con ello un interesante indicio de que carecían de noticias propias, esto es, de relaciones de viajeros o mercaderes árabes que hubiesen visitado las Islas Canarias. Si tales relaciones hubiesen existido, difícilmente habrían escapado a la diligencia de esos formidables compiladores. En efecto, cuando excepcionalmente algunos autores, como al-Idrisi o Ibn Jaldún, tuvieron algún informe más o menos valioso sobre las islas del Océano, independiente de la manida tradición, no dejaron de insertarlo oportunamente.

## I

No haremos pues la antología de esos manoseados trasuntos de la literatura árabe erudita, entre otras razones porque con seguridad cometeríamos omisiones y además carecemos de competencia para tratar de establecer sus relaciones de dependencia mutua, única cosa que ofrecería alguna curiosidad. En realidad se limitan todos a mencionar unas Islas Eternas (Gezair Aljalidat) que identifican o distinguen de unas Islas de la Felicidad (Gezair Alseada); así Masudi, al-Bakri, Ibn Tathima o Ibn Said, Idrisi, Abulfida, Dimaski... Y no sería nada fácil relacionar estas islas con nuestras Canarias, puesto que unas veces se dice que están a diez grados de la costa del Continente (Abulfida), otras que su número es ya sólo de una, ya de 24 islas repartidas en tres climas o latitudes (al-Bakri, Ibn Said), otras que han desaparecido bajo el Océano (al-Bakri, Abulfida), si no fuese que al-Idrisi y Abulfida, los más exactos de estos eruditos de gabinete, declaran que desde ellas Ptolomeo comenzaba a contar sus longitudes, dato que basta para asegurar la identificación. Además no faltan algunos de estos autores (al-Bakri, Dimaski) que nos den la descripción paradisíaca indispensable en la tradicional geografía greco-latina, ahora adornada con castillos de oro, veneros de jacintos y mujeres de belleza peregrina, al gusto oriental. No cabe duda de que se trata de una simple mención libresca, sin experiencia real alguna que la anime.

No obstante, algunos de estos escritores añaden un nuevo dato: los ídolos de bronce que en actitudes amenazadoras se levantan en estas islas y que prohíben a los navegantes proseguir su viaje hacia occidente: «hay tres estatuas o ídolos hechos por Abraham, de los cuales uno, amarillo, hace con el brazo señal de retroceder; otro, verde, parece preguntar ¿dónde váis?, y el último, que es negro, mira hacia el mar como si quisiera advertir a los navegantes que morirá ahogado el que se aventure en sus aguas. Lleva esta estatua en el pecho una inscripción que dice: Hecha por Abraham Zul Me-

nar el Himyarita a su señor el Sol para tenerle propicio» (4). Para el Dimaski, estas estatuas de espantosa apariencia están modeladas en piedra y con la mano extendida advierten al navegante que no debe proseguir por aquellos mares. Más sencillamente, al Idrisi nos dice que en el mar tenebroso hay dos islas conocidas por Afortunadas y que en cada una de ellas hay una estatua de más de cien codos de alto (5).

Todo esto es otra historia. Se ha pegado en estos autores a la tradición paradisíaca de las Afortunadas, pero nada tiene que ver con ella. A primera vista pensaríamos que es un adorno más, sacado del rico caudal de Simbad el Marino; pero tiene un origen más concreto y, si se quiere, más real. Estos ídolos, en efecto, aparecen más a menudo sin relación con las Islas Eternas o las de la Felicidad: un ejemplo típico es el que extraemos del Pseudo Ibn Qutayba (6).

«Dice [el autor]: Nos refirieron algunos maestros de la gente de Occidente que Musa envió embarcadas a ciertas gentes con orden de navegar hasta llegar a un ídolo, situado en una isla del mar, que señala con un dedo hacia delante, y que luego siguiesen por noches y días, a marchas forzadas, hasta llegar a otro ídolo, situado en otra isla del mar, en la que viven gentes de lengua desconocida.— Cuando lleguéis allá—[les dijo]—, volveos, pues ése es el punto extremo del Occidente y ya no habrá tras de vosotros ningún ser humano, sino el mar Océano, que es el final del Occidente tanto por tierra como por mar—».

¿Qué islas son, pues, estas de los ídolos amenazadores? Masudi, que antes citábamos, no las coloca tampoco en las Afortunadas; precisamente él nos pone en la pista del origen de la conseja. En su famosa obra *Los prados de oro* explica «que el Mar Mediterráneo comienza en los ídolos de cobre. En los confines en que se juntan los dos mares levantó el rey Hirakl columnas de cobre y piedra.

(4) MASUDI, *Prados de Oro*, siglo X. Esta rara inscripción de la estatua es interpretada, probablemente con acierto, como trasunto de alguna estela púnica, por E. F. GAUTIER, *Le passé de l'Afrique du Nord*, 1942, pág. 145 y su cita

(5) La isla de Cherham o de los dos brujos, convertidos en rocas, de que habla luego el mismo AL-IDRISI, parece ser otra, aunque la leyenda tenga acaso el mismo origen. Ésta—dice—está frente y muy cerca de Safi (a mitad de la costa marroquí, por 32° 20" de latitud), de donde se ven los humos en días claros. Otras islas no situadas son la de los Carneros, la de Raca o de los Pájaros... nombres sacados tal vez de la relación de los magruinos, de que más adelante nos ocupamos

(6) Fragmento añadido en apéndice a la edición de IBN AL-QUTAYBA, *Ifitah*, publicada por la R. Acad. de la Historia. «Col. de obras árabigas», II, 1926, pág. 150. La traducción que damos no es la que acompaña a esa edición, sino otra hecha a nuestra intención por DON EMILIO GARCÍA GÓMEZ, evidentemente mejor y bastante diversa; aquélla suponía el hallazgo del segundo ídolo y los demás detalles anejos como referidos por los expedicionarios, en lugar de incluirlos en la visión profética atribuída a Musa ibn Nusair, según la idea del autor. El texto árabe de la edición académica va frente a esta página.

قَالَ وَحَدَّثَنَا بَعْضُ مَشَايِخِ أَهْلِ الْمَغْرِبِ أَنَّ مُوسَى  
أَرْسَلَ نَاسًا فِي مَرَاكِبٍ فَأَمَرَهُمْ أَنْ يَسِيرُوا حَتَّى يَنْتَهُوا إِلَى  
صَنْمٍ قَابِلٍ (١) بِأَصْبَعِهِ أَمَامَهُ فِي جَزِيرَةٍ فِي الْبَحْرِ ثُمَّ يَسِيرُوا  
الليالي والأيام ويجدوا في السير حتى يأتوا صنمًا آخر  
في جزيرة في البحر فيها أناس لا يعرف كلامهم فإذا  
بلغتهم ذلك فارجعوا وذلك من أقصى المغرب  
ليس ورأيكم أحد من الناس إلا البحر المحيط وهو  
قَالَ وَحَدَّثَنَا بَعْضُ



Sobre estas columnas hay inscripciones y figuras que muestran con sus manos la imposibilidad de seguir adelante, porque es innavegable el Océano, y no se hallan en él tierras cultivadas ni gentes algunas y no se conocen su anchura ni longitud. Llámánle Mar Tenebroso o Verde y hay quien afirma que esas columnas no están en el Estrecho sino en unas islas del Océano, de las que se cuentan historias maravillosas». Tenemos, pues, que las famosas columnas del constante Hércules tienen parte de la culpa en la formación de los miedosos ídolos. Pero todavía no es eso todo. Ya Masudi nos advierte que estos personajes pueden hallarse más lejos, fuera del Estrecho. Un texto divulgado recientemente por Lévi-Provençal, procedente de los exhumados de las bibliotecas marroquíes, acaba de aclarar el curioso misterio. En un pasaje de la obra *Kitab ar-Rawd* (7), descripción geográfica alfabética de España basada en fuentes varias, al describir Cádiz dice que contiene numerosos vestigios antiguos: «el más admirable es el templo... fué elevado por Heraklés que procedía de los Rum griegos... llegó a la península de Cádiz y construyó un alto e imponente edificio, coronado de una torre y en su parte superior alzó una estatua fundida en bronce según su propia imagen. Esta estatua que miraba al Occidente representaba un personaje envuelto en un manto que cubría las espaldas hasta media pierna y con el cual se vestía. En su mano izquierda tenía una llave de hierro y estaba tendida en dirección poniente; y en la mano derecha una tabla de plomo grabada con la narración de su propia historia... El templo... es cuadrangular... El basamento está formado por un macizo de cantería de cuarenta codos de lado, cuya plataforma superior soporta un segundo cuerpo también cuadrangular, pero de base menor. Sobre este segundo cuerpo álzase a su vez un tercero, también por su parte de lados menores. A partir de la base del cuerpo que constituye el cuarto piso, la construcción se va reduciendo hacia lo alto [en forma de tronco de pirámide], aunque los pies de la estatua que corona este cuarto cuerpo se asientan sobre un sillar único cuadrado, que a simple vista puede tener cuatro codos de largo. El pie derecho de la estatua está avanzado, el izquierdo retraído, en la posición de un hombre que anda. El templo desde el suelo hasta la coronación de la estatua, tiene una altura de 124 codos, de los cuales ocho, otros dicen seis, constituyen la

(7) *Kitab ar-Rawd al-Mitar fi Habar al-Aktar*, compilado por IBN ABD AL-MUNIM AL HIMYARI en la segunda mitad del siglo XV, a base de otro anterior de los siglos XIII o XIV, que a su vez aprovechó a AL-BAKRI, perdido, y a AL-IDRISI; dado a conocer por LÉVI-PROVENÇAL, en el libro *La Péninsule Ibérique au Moyen-Age d'après le Kitab ar-Rawd...* publicado por la «Institution De Goeje», núm. XII, Leiden, 1938. Los trozos reproducidos los tomamos de los fragmentos transcritos por ANTONIO GARCÍA BELLIDO en «Archivo español de Arqueología», XVI, 1943, págs. 304-317.

altura de la misma estatua. Estas dimensiones están, según dicen, calculadas en grandes codos, de los que cada uno vale tres palmos y medio. Un montante de cobre o de oro, cuya parte inferior se inserta entre ambos pies de la estatua se alza a su altura y la sobrepasa en su cabeza a simple vista en unos dos codos... Gentes de la población de Cádiz narran que una de las dos llaves [se habló de una sola] cayó en el año 400 [1009-1010]. Fué recogida y tenía en efecto la forma de una llave; fué llevada al señor de la ciudad de Ceuta, que mandó pesarla: pesaba ocho libras. Musa Ibn Suhair [poeta desconocido, quizá uno de este nombre, muerto antes de 400 de la H.], ha dicho aludiendo al templo: [Nuestra barca avanzaba] como una mujer que mueve sus caderas al andar, agitadas con el movimiento de vaivén, como bamboleante, y esto no era para nosotros una compañía agradable. Hasta el momento en que verá la imagen centelleante que se levanta por encima del Templo dominando la mar de Cádiz. Cuando desembarcamos a los pies del edificio, mi compañero dijo: ¿Son éstas las maravillas de los Rum o de los Persas? Pero le respondimos: ¡Habla de tus asuntos en voz baja y procura tu provecho en este puerto que se abre en un mar de vientos contrarios!» Luego refiere el compilador la demolición del templo y su estatua por Alí b. Isa Ibn Maimún (1242-1248) en busca del indispensable tesoro escondido en sus cimientos.

Esta descripción del famoso Hércules de Cádiz, cuya miserable destrucción por uno de los últimos déspotas musulmanes nos evitó la vergüenza de que acabase a manos de algún codicioso cristiano, no es la única, nos dice García Gómez, pero sí una de las más detalladas (8). Leyendo estos datos de visu, no es posible dudar que ahí está el origen de los ídolos-término que se hallaban en una isla atlántica (después varias, pues las leyendas son como las bolas de nieve); no hay que olvidar que Cádiz fué hasta muy tarde una isla y apenas hoy puede llamarse península, conceptos, además, homónimos para los griegos.

Todavía esta tradición de la figura intimidatoria en una isla atlántica tuvo un último y menos explicable avatar, en un tiempo mucho más tardío y ahora entre cristianos. Con ella deben, en efecto, relacionarse la conseja o ilusión que nos trasmitió tan seriamente Damião de Goes, el cronista de D. Manuel el Afortunado, de la estatua ecuestre señalando imperativamente al poniente, tallada en

---

(8) Sobre el templo y las columnas hablan muchos escritores árabes, pero las descripciones más detalladas son esta del compilador del *ar-Rawd* y la del «anónimo de Almería» (alias AZ-ZAHURI), texto reproducido por DOZY, *Recherches*, edic. 3, II, págs. 311-14, apéndice XXXV, págs. 89-97 y 107-108. Sobre la destrucción, aparte las breves indicaciones de MAKKARI, IBN ABI ZAR es el único cronista magrebí que la señala en su tiempo. Datos tomados de GARCÍA BELLIDO, loc. cit., que los tiene de LÉVI-PROVENÇAL.



una roca de una isla del grupo de las Azores, la pequeña y extrema Corvo (9). A pesar de los detalles que de buena fe nos da De Goes, que refiere que el rey mandó dibujarla y luego arrancarla, lo cual no se consiguió más que a trozos que quedaron al fin en los almacenes reales de Sintra, todo ello no fué más, en el mejor de los casos, que una ilusión del perfil natural de alguna roca en la imaginación de alguien que conocía la vieja leyenda (10).

## II

Todo esto, en fin, nada nos dice del conocimiento de las Islas Canarias por los árabes. Que conocieron la literatura greco-latina, que su imaginación oriental la amuebló de una barroca profusión de ensueños que curiosamente convivían con un espíritu tan amigo de la cifra exacta como el de un turista yanqui, eran cosas conocidas y ajenas a nuestro problema. Sólo dos pasajes hay en la literatura árabe libres de reminiscencias antiguas y que merezcan ser examinados seriamente desde nuestro punto de vista (11). Ninguno de los dos es nuevo.

El primero de ellos, un fragmento de la descripción de España de al-Idrisi, de mediados del siglo XII, no menciona concretamente las Islas Canarias, pero cabe la posibilidad de que refleje alguna noticia directa de ellas, bien que confusamente adulterada. El propio autor habla, en general, en otra parte de su obra geográfica, de las islas del Océano en la misma forma poco más o menos que acabamos de ver en tantos otros. Pero, ocasionalmente, al describir la ciudad de Lisboa, le viene a la pluma una historia de aventuras marítimas que correría en boca de los marineros del Tejo (y con cuántas variantes, si pudiésemos hoy oírles!) y había dejado nombre a la calle donde vivieron los nautas.

(9) DAMIAO DE GOES, *Chronica do Serenissimo principe D. Joao*, cap. IX, Lisboa, 1564, y otras ediciones (Coimbra 1790, pág. 21). Repetido por otros, como FARIA E SOUSA, *Epítome de la historia portuguesa*, Madrid, 1628. Esta tradición debe de ser la que provocó el falso hallazgo de monedas púnicas en la misma isleta de Corvo en el XVIII. Vide GARCÍA BELLIDO, *Fenicios y Cartagineses en Occidente*, Madrid, 1942, págs. 207-8.

(10) Tanto los eruditos locales como los extranjeros coinciden en este escepticismo; así JOSÉ DE TORRES, *Originalidade da navegação do oceano atlantico septentrional e do descobrimento de sus ilhas pelos portugueses no seculo XV*, «Rev. dos Açores», Ponta Delgada, III, 1853, apud ACCURCIO GARCIA RAMOS, *Noticia do Archipiélago dos Açores*, Lisboa, 1871, p. 130; BOIB, *Description of the Azores*, Londres, 1835. Últimamente GARCÍA BELLIDO, *Fenicios y Cart.*, cit., p. 209.

(11) No tenemos porque insistir sobre el supuesto texto de IBN AL-QUTIYYA que referiría el viaje de cierto Ben Farruch. Ya aludimos al caso en 1926 (*Discurso inaugural de curso*, Univ. de La Laguna); antes CHIL, *Estudios históricos*, I, 238 y ss. y después B. BONNET, *La supuesta expedición de Ben-Farruch a las Canarias*, «Rev. de Historia», X, 1944, p. 326.

Aunque es fatigoso copiar otra vez, a la zaga de otros muchos (12), la traducción de un texto de que no podemos comprobar nada ni distinguir lo que contenga de histórico, no nos podemos excusar de hacerlo. Helo aquí, según la traducción indirecta de Blázquez:

#### Los Magruinos o aventureros.

De Lisboa fué de donde partieron los aventureros que hicieron una expedición para saber lo que encierra el Océano y cuáles son sus límites. Existe en Lisboa todavía, cerca de los baños termales, una calle que lleva el nombre de calle de los Aventureros.

He aquí lo que sucedió: se reunieron en número de ocho, todos primos hermanos, y después de haber construido un barco mercante, embarcaron en él agua y comestibles para una expedición de muchos meses, y se lanzaron al mar al primer soplo de viento E. Después de haber navegado durante unos once días, llegaron a un mar en el que las ondas espesas exhalaban un olor fétido y ocultaban numerosos arrecifes que no eran visibles sino con dificultad. Temiendo perecer cambiaron la dirección de las velas y corrieron al S. durante doce días y llegaron a la isla de los Carneros, donde innumerables rebaños de carneros pacían sin pastor ni nadie que los guardara.

Habiendo bajado a tierra, encontraron una fuente de agua corriente y cerca de ella una higuera silvestre. Cogieron y mataron algunos carneros, pero su carne era tan mala, que era imposible comerla, sólo guardaron las pieles, y navegaron doce días hacia el S. y encontraron una isla que parecía habitada y cultivada; se aproximaron a ella para reconocerla, y poco tiempo después se encontraron rodeados de barcas, hechos prisioneros y conducidos a una población situada sobre la costa. Entraron en una casa donde vieron hombres de gran estatura y de color rojo, que tenían poco pelo y que llevaban el cabello largo y laso, y mujeres de una rara belleza. Durante tres días quedaron prisioneros en una de las habitaciones, pero al cuarto vieron venir un hombre que hablaba el árabe, el cual les preguntó quiénes eran, por qué habían ido y cuál era su país. Contaron toda su aventura: éste les dió buenas esperanzas y les hizo saber que era intérprete del rey. Al día siguiente fueron presentados al rey que les hizo las mismas preguntas, y al cual respondieron lo mismo que al intérprete, que se habían aventurado sobre el mar a fin de saber lo que podía haber de extraordinario y curioso y para llegar a sus límites.

Cuando el rey les escuchó decir esto, se puso a reír y dijo al intérprete: «Explica a esas gentes que mi padre, habiendo ordenado en otra época a algunos de sus esclavos embarcarse en ese mar, le recorrieron a lo ancho durante un mes, hasta que la claridad de los cielos faltó por completo y se vieron obligados a renunciar a esa vana empresa». El rey ordenó además al intérprete asegurar a los aventureros su

(12) Véase CHIL, *Estudios*. cit. I, págs. 245-46, y de él MILLARES, etc. Nuestro texto castellano es tomado, para variar, de BLÁZQUEZ, AL-IDRISI, *Descripción de España*, cap. II, «Bol. de la R. Soc. Geográfica», XLIII, Madrid, 1901, págs. 21-23; con alguna enmienda nuestra, AL-IDRISI estuvo personalmente en Lisboa, según DUBLER «Al Andalus», XIV, 1949, pág. 75.

gracia, a fin de que concbiesen de él buen concepto, lo que así se hizo. Volvieron después a su prisión y quedaron en ella, hasta que habiéndose levantado el viento del O., se les tapó los ojos, se les hizo entrar en una barca y se les hizo bogar durante algún tiempo en el mar. «Corrimos—dicen—cerca de tres días y tres noches y llegamos después a tierra donde desembarcamos, con las manos atadas detrás de la espalda, en una costa donde nos abandonaron. Quedamos allí hasta la salida del sol, en el más triste estado a causa de las ligaduras que nos oprimían fuertemente y nos incomodaban mucho; por último, habiendo oído voces, empezamos a lanzar gritos. Entonces algunos habitantes de aquella comarca acudieron y viéndonos en tan triste estado nos desataron y nos preguntaron algunas cosas, a las cuales respondimos contando nuestra aventura. Eran beréberes. Uno de ellos nos dijo—¿sabéis cuál es la distancia que nos separa de vuestro país?—Y al decirle que no, repuso:—entre el lugar donde os encontráis y vuestra patria hay dos meses de camino.—El jefe de los aventureros dijo entonces:—Wâ asafi [Ay de mí]». He aquí por qué el nombre de este lugar es todavía Asafi. Es el puerto de que hemos hablado como siendo el más occidental del mundo.

No es posible sacar nada seguro de esta narración de aventuras marítimas en cuya inverosimilitud debe haber alguna parte de jactancia de los autores y otra de confusión de los transmisores. Pero no dudamos de que corresponde a un fondo de verdad, a la realidad de un viaje marítimo de exploración o de deriva forzada por el Atlántico; en efecto, la narración, cualesquiera que sean sus incoherencias, carece de elemento maravilloso a lo Simbad el Marino, lo que nos asegura su independencia originaria de la leyenda de las maravillas del Mar Tenebroso. Sólo para darle una moraleja adecuada a esta leyenda se pone en boca del rey de la isla misteriosa la comprobación experimental de estas tinieblas dogmáticas.

Es además cosa desgraciada que ninguno de los detalles concretos que se dan de lo visto en el viaje resulte comprobable por las noticias que poseemos del Atlántico y sus islas en tiempos históricos posteriores o por nuestro conocimiento geográfico actual. Precisamente este es el caso contrario de la relación, que luego veremos, de Ibn Jaldún, cuya autenticidad se comprueba por los detalles que da, coincidentes todos con los datos conocidos por otros caminos. Refería el informador de al-Idrisi que los aventureros llegaron a un mar espeso y maloliente, lo que acaso nos sugiera el mar de los sargazos descubierto por Colón, pero ni se halla al W de Lisboa, ni podían alcanzarlo por aquel rumbo. Los arrecifes, si no es en la opuesta orilla del Atlántico, no se hallan sino junto a islas bien visibles, no en alta mar (pero pueden ser una aprensión aneja a los mares de los sargazos, como la tuvo el inmortal genovés al cruzarlos). Ninguna isla deshabitada—o habitada—del Océano poseía rebaños de carneros salvajes espontáneos ni «subespontáneos» (¿Puede

haber en esta Isla de los Carneros, que también menciona en otra parte al-Idrisi, una reminiscencia clásica de aquella isla, probablemente mítica que según Diodoro Sículo visitaron y abandonaron los cartagineses?).

En fin, la última y más interesante isla, que los comentaristas poco circunspectos no han vacilado en identificar con una de las Canarias, tal vez con la Gran Canaria, no ofrece tampoco en su descripción, según nos la da al-Idrisi, elementos que permitan afirmación alguna. Los aventureros son capturados por gentes que tripulan barcas: los testimonios posteriores pero contemporáneos de la sociedad aborígen canaria nos dicen que los canarios se acercaban a las naves nadando (13). La descripción de los hombres que los cautivaron nos haría pensar antes en amerindios que en canarios, pero la intervención del truchimán que sabe árabe nos desconcierta de nuevo, en un país del que nada sabían esos árabes curiosos ni el erudito al-Idrisi. El rey (para al-Idrisi y sus informadores toda isla tiene un rey, hijo de rey) es quien les intimida con el testimonio de su padre, que comprobó que la claridad del cielo faltaba por completo desde un cierto lugar del Océano. En fin, quedaba por explicar el regreso de la aventura y, como los malos novelistas que no saben hallar un desenlace lógico, los magruinos se hacen meter forzados en una barca, y navegando tres días y tres noches alcanzan una playa donde son abandonados. Estaban en Safi, que tomó nombre de una exclamación de los marinos varados, una de esas etimologías populares de sonsonete, tan corrientes. Desgraciadamente no nos dice cómo se llamaba antes aquel puerto; pero, en todo caso, tres días de barca apenas parecen suficientes para alcanzarlo desde Canarias. En la idea de al-Idrisi la isla de donde procedían se halla al W de Safi (como lo está Madeira, aunque todavía más lejos), pues los isleños aprovecharon este viento para hacer la travesía. Su retorno ya no interesaba al narrador.

¿Qué podemos retener de todo esto? Según nuestra opinión, lo único seguro es el viaje de los magruinos de Lisboa, quienes irían a naufragar en la costa del Magreb. A su regreso, en lugar de reconocer su fracaso, contaron lo que se les antojó; en suma, una cosa muy vieja y por todos aceptada: que el Océano tenía islas desiertas y habitadas, pero que más allá era innavegable. Es dudoso que realmente vieran siquiera alguna de estas islas, ya que el relato conservado no nos da de ellas ninguna circunstancia comprobable.

\*  
\* \*

---

(13) Así en el más antiguo e interesante testimonio, la narración, ésa sí que auténtica en casi todo su contenido, de Niccoloso da Recco. Vide en CHIL, ob. cit. I, 259-267; BONNET, *La expedición portuguesa a las Canarias en 1341*. «Rev. de Historia», IX, 1943, 112.

Ya hemos apuntado que el genial historiador y turbio político Ibn Jaldún nos da una noticia mucho más seria y además comprobable a posteriori (14). Escribiendo en la segunda mitad del siglo XIV, que coincide con el VIII de la hégira, nos habla de las Islas Eternas, idénticas a las Afortunadas, y dice de sus pobladores cosas interesantes. Este texto es también conocido de los historiadores canarios, pero no su continuación, muy interesante para juzgar de la navegación árabe en este tiempo. Merced al Sr. García Gómez, podemos dar aquí la nueva y revisada traducción, no sólo de aquel texto divulgado, sino también de ese otro interesante fragmento. El texto original árabe del primero, que acompañamos, lo debemos a Mr. Terrasse, establecido a base de varias de las mejores ediciones. Está tomado de los famosos *Prolegómenos* (15) del célebre autor tunecino. He aquí la traducción de García Gómez, y después nuestro comentario:

*El clima primero.*—En él están situadas, por su parte occidental, las Islas Eternas [o Afortunadas], desde las que comenzó Ptolomeo la medición de las longitudes terrestres. No están en el continente del clima, sino en el mar Circundante [Océano], y forman un archipiélago compuesto de muchas islas de las cuales tres son las mayores y más famosas. Se afirma que están habitadas. Ha llegado a nuestra noticia que unos barcos de los Francos pasaron por ellas, a mediados de este siglo, y que, habiendo combatido con sus habitantes, raptaron y cautivaron a algunos de ellos, parte de los cuales vendieron más tarde en las costas de Marruecos. Estos cautivos vendidos, pasados al servicio del Sultán, una vez que aprendieron la lengua árabe, dieron noticias sobre sus islas, diciendo que remueven la tierra para la sementera con cuernos, por no existir hierro en su suelo; que se alimentan de cebada; que sus rebaños son de cabras; que pelean con piedras, que tiran hacia atrás, y que su culto consiste en prosternarse ante el sol saliente, pues no tienen otra religión ni ha llegado hasta ellos ninguna misión profética.

No se da con el lugar de estas islas, de no ser que se las tope por casualidad, y nunca de propósito. La navegación de los barcos se guía, en efecto, por los vientos y por el conocimiento de los puntos desde donde soplan y de los países a que se puede llegar, si se sigue en línea recta la dirección de dichos vientos. Cuando varía el viento,

(14) Es, en medio de todo, rara suerte que este genial polígrafo tunecino, de excepcionales condiciones intelectuales en su tiempo y en su medio, haya dedicado siquiera unas líneas a nuestras Islas, líneas más valiosas en su brevedad que todo lo dicho de ellas por la literatura greco-latina y la oriental juntas. Sobre Ibn Jaldún y su radical superioridad sobre el resto de la historiografía árabe, véase especialmente E. F. GAUTIER *L'Islamisation de l'Afrique du Nord. Les siècles obscurs du Magreb*, Paris 1927, Livre II. La 2.<sup>a</sup> edic. de esta obra, de 1942, lleva el título *Le passé de l'Afrique du Nord* (págs. 80-102 especialmente).

(15) IBN JALDÚN, *al Muqaddima*, edición QUATREMERÉ, in *Notices et extraits*, t. XVI, págs. 93-94; ed. de Bulaq. p. 27; ed. ABDAR RAHMAN MUHAMMAD, El Cairo, s. d., págs. 45-46; ed. de Beirut, págs. 53-54.

si se sabe adónde se llega en línea recta, se orientan las velas en esa dirección, dándoles la inclinación precisa para guiar el navío, según normas conocidas por los nautas y marineros que son patrones de las naves. Las tierras situadas a ambas orillas del Mar Griego [Mediterráneo] están todas consignadas en una hoja, conforme a la forma en que pueden ser halladas y según su disposición ordenada en las costas de dicho mar, y en esa hoja, que llaman *al Kunbāṣ* [compás?], están asimismo señalados los puntos desde donde soplan los vientos y las variadas direcciones que siguen, siendo de esta manera como se gobiernan los marineros en sus viajes. Ahora bien: todo esto falta para el *Mar Circundante* [Océano], y por eso no lo surcan barcos, ya que si pierden de vista las costas, casi nunca saben cómo volver a ellas, sin contar con que en la atmósfera de este mar y sobre la superficie de sus aguas se condensan unos vapores que impiden navegar a los barcos; vapores que, por su lejanía, no pueden disipar los rayos solares reflejados por la superficie terrestre. A causa de todo esto, es sumamente difícil orientarse hasta estas islas y dificultoso obtener noticias sobre ellas.

La sencilla veracidad de esta noticia salta a la vista. Apenas hace falta insistir en que los cinco rasgos de costumbres canarias recogidos de los dichos de los cautivos del Sultán son tan típicos, que sólo un consumado etnólogo *avant la lettre* como Ibn Jaldún es capaz de darnos tanto en tan pocas palabras: la labranza con cuernos nos es referida por los cronistas españoles (16), la cebada como su pan ordinario (17), las cabras como ganado (18), su maestría en el tiro de piedras con el detalle de tirar hacia atrás, que añade Jaldún, que debe entenderse que acribillaban al enemigo aparentando huir (19); en fin, su rudimentario culto solar, punto en que los cronistas suelen divagar bastante, pero que confirman por lo menos las letras pontificias de Urbano V, que en 1369, por los mismos años que el tune-

(16) ESPINOSA, Lib. I, cap. VII: «con unos cuernos de cabra o unas como palas de tea, porque hierro no tenían... cavavan o por mejor decir escarbaban la tierra y senbravan su cebada»; SEDEÑO, cap. XVII: «cababan la tierran con unos garabatos de palo y puestos en la punta cuernos»; BERNÁLDEZ, cap. LXIV (pág. 613, «Col. Rivadeneira»): «sembraban el trigo y cebada con cuernos de cabra metidos en varas, especialmente en Gran Canaria, en lugar de arados»; PULGAR, parte 2.ª, cap. LXXVI: «Laboran la tierra con cuernos de vacas»; etc.

(17) Todos los cronistas, si bien algunos añaden el trigo para algunas islas, mientras todo cereal faltaba en otras (La Palma, La Gomera). Sobre el posible conocimiento del trigo en Gran Canaria, vide esp. EMILIO HARDISSON, *Una fuente contemporánea...*, «Fontes rerum Canariarum», II, La Laguna, Inst. de Estudios Canarios, 1934.

(18) *Pasim* en todas las fuentes. Es en cambio más rara la mención de las ovejas «rasas» a que se refieren algunos (SEDEÑO, cap. XVII) y un autor tardío como el PSEUDO-ESCUADERO, que toma este dato—dice—de LEVERRIER, esto es del *Canarien*, donde no lo hallamos, niega que los españoles alcanzasen a ver estos animales («Escudero», cap. XIX, pág. 83, ed. DARIAS).

(19) *Pasim*; «lanzando la piedra con más violencia que un tiro de ballesta y huyendo ellos con tal ligereza...» (*Canarien*).



خَافَاتِ الْبَحْرِ الرَّوْمِيِّ وَفِي عُدْوَتِهِ يَمْتَحِنُونَ كَحُلَّهَا فِي صَبِيغَةٍ، عَلَى  
مَنْحَلٍ مَا هِيَ عَلَيْهِ فِي الْوُجُودِ، وَفِي وَضْعِهَا فِي سَوَاحِلِ الْبَحْرِ  
عَلَى تَرْتِيبِهَا، وَمَهَابِّ الرِّيحِ وَمَمَرَاتِهَا عَلَى اخْتِلَافِهَا مَرْسُومٌ  
مَعَهَا فِي تِلْكَ الصَّبِيغَةِ، وَيُسَمَّوْنَهَا الْكُنْبَاصَ، وَعَلَيْهَا يَتَّعِمُونَ  
فِي أَسْفَارِهِمْ وَهَذَا حُلَّةٌ مَفْقُودَةٌ فِي الْبَحْرِ الْمَوْجِي. فَلِذَلِكَ لَا تَلِجُ  
فِيهِ الشُّفُنُ لِأَنَّهَا إِنْ غَابَتْ عَنْ مَرَأَى السَّوَاحِلِ نَقَلَ أَنْ تَهْتَدِيَ  
إِلَى الرَّجُوعِ إِلَيْهَا مَعَ مَا يَنْتَقِدُ فِي جَوْهَذَا الْبَحْرِ وَعَلَى سَطْحِ مَائِهِ  
مِنَ الْأَنْجِرَةِ الْمَمَائِكَةِ لِلشُّفَنِ فِي مَسِيرِهَا، وَهِيَ لِيُعَدَّهَا، لَا تُدْرِكُهَا  
أَصْوَاءُ الشَّمْسِ الْمُنْعَكِسَةُ مِنْ سَطْحِ الْأَرْضِ فَتَحُلِّلُهَا. فَلِذَلِكَ عَسَرَ  
الْإِمْتِدَاءُ إِلَيْهَا وَضَعَبَ الْوُقُوفُ عَلَى خَبَرِهَا .



من المقدمية، لاكن خلدون :

الإقليم الأول: وفيه، من جهة غربيته، الجزائر والدان التي منها  
بدأ أبطليموس بأخذ أطوال البلاد. وليست في بسيط الإقليم، وإنما  
هي في البحر المحيط جزر مكننة، أخبرها وأشهرها ثلاث. ويقال  
إنها مكنونة. وقد بلغنا أن سفائن من الإفرنج مرت بها في أواسط  
هذه المائة، وقائلوهم فعنموا منهم وسبوا وباعوا بغض أسراهم  
يسواجل المغرب الأقصى وصاروا إلى خدمة السلطان. فلما تعلموا  
اللسان العربي، أخذوا عن حال جزائريهم وأنهم يحتفرون الأرض  
للزراعة بالقرون وأن الحديد مفقود بأن صهم، وعيشتهم من الشجر،  
وما يشبههم الفنز، ومثلهم بالجزيرة. يرمنونها إلى خلف، وعبادتهم  
الشجود للسنين إذا طلعت ولا يعرفون دينًا ولم تبلغهم دعوة.  
ولا يوقف على مكان هذه الجزائر إلا بالمشور، لا بالقصد إليها لأن سفر  
السفن في البحر إنما هو بالرياح ومعرفة جهات مهايمها وإلى أين  
يوصل إذا مرت على الاستقامة من البلاد التي في ممر ذلك المهبط  
وإذا اختلف المهبط وعلم حيث يوصل على الاستقامة، حودي به  
القلع معادة يحمل السفينة بها على قرابين في ذلك محضلة عند  
النوابية والعلايين الذين هم رؤساء السفن في البحر والبلاد التي في



cino, nos dice de los canarios «nullam legem tenentes nec alicuam sectam sequentes, sed dumtaxat Solem et Lunam adorantes» (20). Todo esto está lejos de las consejas de maravillas: son datos precisos recogidos con exactitud y sencillez y que hemos podido comprobar. Sólo pecan de breves; su veracidad nos hace echar de menos otros más que diesen luz sobre tantos puntos oscuros de la vida nativa isleña.

Seguros de la autenticidad de las noticias de Ibn Jaldún, venimos a tratar de aclarar un extremo de ellas que ha sido por lo común mal comprendida. ¿Quiénes eran esos «francos» salteadores de las Islas y vendedores de cautivos en África? Alguno de nuestros historiadores, como Chil (21), no ha vacilado en traducir aquella palabra por franceses y darle el valor de súbditos del rey de Francia (aunque en el siglo XIV también esto sería insuficiente, visto que Francia era entonces la «tierra de los dos reyes», y todavía quedaba mucho de lo que hoy comprendemos en aquel nombre que no dependía de ninguno de los dos). Sin duda pensaron lo mismo aquellos que defendieron la realidad de las navegaciones de los marinos de Dieppe a Guinea en el siglo XIV, si conocieron este texto de Ibn Jaldún. Pero el gran historiador de la marina francesa Charles de La Roncière, celoso como el que más de las glorias legítimas de ella, ha mucho tiempo que dió el golpe de gracia a esa leyenda, hija de una confusión padecida por un autor tardío, y restituyó los viajes de los diepeses a la época que les corresponde, que es el siglo XVI (22). Si al alborear el siglo XV tenemos la nave de La Salle y Béthencourt y acaso algún otro navío francés en aguas de Canarias, nada de esto puede postularse con fundamento para el siglo XIV.

Para saber quiénes son estos francos basta fijarse en el sentido que este nombre tenía normalmente entre los árabes. El gran arabista César E. Dubler, ha pocos años, comentando un trabajo de nuestro Asín, tuvo ocasión de extenderse sobre este punto: «Afrany, Afranya, no es seguramente Francia. En los numerosos mapas árabes publicados por K. Miller (*Mappae Arabicae*, Stuttgart, 1926-28), los primeros geógrafos denominan así a una comarca mediterránea relativamente reducida, que sólo puede referirse a Cataluña y Provenza. Sólo después de las Cruzadas empezó a ampliarse este concepto geográfico (cf. Yaqut, ed. Wüstenfeld, I, p. 324). De antemano reconozco la vaguedad de este término... Además en el *Glosario* [de un botánico anónimo, publ. por Asín] se repite que determinada planta se llamó así en el al-afranyyya, siempre cuando se trata de formas catalanas, o todo lo más provenzales, que nuestro autor an-

(20) Vide SERRA, *Los mallorquines en Canarias*, «Rev. de Historia», VII, 1940-41, pág. 203.

(21) CHIL, *Estudios históricos*, I, pág. 249.

(22) LA RONCIÈRE, *La découverte de l'Afrique au Moyen Age*, II, págs. 10-17.

daluz habría podido recoger con alguna facilidad, pero no de formas francesas. Apoyan este criterio los mapas de los geógrafos árabes» (23).

Ahora bien, la presencia de catalanes primero (desde 1342), más precisamente mallorquines, luego también del Principado, en aguas de Canarias, si fué una tradición constante de los cronistas de las Islas, está hoy abundantemente documentada (24). Ibn Jaldún habla de mediados del siglo XIV; además de los viajes iniciales de 1342, tenemos bien datado otro de 1354, el capitaneado por Arnau Roger, que tenía que llevar consigo al obispo Fray Bernardo y a cautivos canarios «in catholica fide et catalanica lingua instructis». Se puede deducir, ya, que otros cautivos canarios, procedentes de las exploraciones de 1342 u otras, acabaron instruídos en otra fe y otro idioma, como testimonia Ibn Jaldún, pues no dudamos en identificar sus naves francas con las de los catalanes insulares o continentales.

Pasamos al segundo párrafo del fragmento que hemos insertado de los *Prolegómenos* de Ibn Jaldún. Este autor, aunque casi siempre muy bien informado, no es sin duda un marino profesional, y cabe que su interpretación de los medios de navegación de los árabes sea incompleta o ya anticuada. De todos modos, él hizo en su vida azarosa numerosas travesías marítimas por el Mediterráneo por lo menos. Si nos atenemos a la literalidad de sus palabras, los marinos musulmanes desconocían la brújula, puesto que dicen que se guiaban por los vientos de dirección conocida y por mapas con el dibujo de las costas del Mediterráneo, a los cuales precisamente da el nombre de «compás»; pero este nombre sabemos que se daba (y se da en muchas lenguas) a la brújula, por otro lado instrumento indispensable para la confección de tales cartas, que solemos llamar hoy *portulanos*. Esta ignorancia del instrumento básico para su confección y el nombre mismo que les da Ibn Jaldún se compadecen poco con el admitido papel de transmisores del invento a la Europa cristiana, atribuído a los árabes. Pero dejando a un lado este importante tema, que nos alejaría del nuestro, insistamos en que según Ibn Jaldún la navegación oceánica carecía de estas ventajas, del conocimiento de los vientos y las costas y su registro previo en las cartas, cual se tenía para el mar interior; y a causa de esto, juntamente con el peligro de que si se perdían de vista las costas no se pudiera volver a ellas; y en todo caso a las islas no se iba sino por accidente involuntario, imposible de repetir de propósito. Acabamos de ver que estas limitaciones ya no existían en el siglo XIV para los navegantes cristianos; entonces lo que hemos de deducir es que quienes no

(23) CÉSAR E. DUBLER, «Al-Andalus», X, 1945, pág. 246.

(24) SEDENO, cap. III, y otros cronistas. Vide SERRA, *Los mallorquines*, cit.

se atrevían a surcar el Océano y no tocaban jamás las islas sino por rara casualidad involuntaria eran los musulmanes. El dato es de extraordinaria importancia y procede de la mejor fuente posible.

### III

Apuntábamos al principio que acaso se puedan poner a contribución, para iluminar las relaciones prehispánicas de los canarios con las vecinas costas continentales, otras fuentes de información que la literatura árabe.

En efecto, la arqueología y, también, la etnología, nos muestran una serie de fenómenos paralelos que ya de antiguo habían sugerido la idea de un parentesco entre los primitivos canarios y sus vecinos orientales, los beréberes del Magreb y del Sáhara. El reciente progreso en el conocimiento de las culturas africanas ha permitido al fin que estos paralelismos no sean ya de carácter vago y general sino que ofrezcan aspectos concretos que no pueden responder a coincidencias accidentales del desarrollo cultural. Pero todo esto, por ser precisamente probativo de una vieja comunidad de cultura, diversificada sólo por el aislamiento y las condiciones geográficas dispares, nada tiene que ver con la expansión árabe, islámica, por Occidente. Todas estas correspondencias culturales lo son con el caudal de bienes tradicionales, primitivos, ante-islámicos, de los beréberes africanos, y por ninguna parte vemos elementos que puedan atribuirse a influencia musulmana. Desde luego de la fuerte, de la indeleble marca que la religión del Profeta deja por todas partes donde pasa, nada sabemos descubrir en lo poco o mucho que sabemos de nuestros aborígenes.

Al llegar aquí, no obstante, debemos hacer una pausa. Otra fuente de conocimiento con la que hay que contar es la lingüística, y aquí, al parecer, hay que hacer salvedades. Si bien los especialistas están conforme en que los dialectos canarios presentan, ya que no una identidad, sí por lo menos muchos elementos comunes con las lenguas berberiscas (tal vez en un estado de evolución muy anterior al actual), son también varios los que señalan un cierto número de voces, de las pocas que se nos han conservado de las hablas indígenas de estas islas, que no presentan ninguna relación con el beréber y son, en cambio, idénticas a sus equivalentes árabes. No somos lingüistas y menos, si cabe, arabistas, y no podemos entrar en este problema. Bástenos decir que de estos casos los que nos han impresionado por su precisión y fuerza convincente son dos, de palabras atribuídas al lenguaje de Gran Canaria por testimonios respetables: *arba* 'cuatro' *almogaren* 'templo'. Sería suficiente una sola que no ofrezca dudas para probar contactos con la lengua árabe.

Probablemente es demasiado cómodo, aunque no imposible, suponer error en los informadores, que hayan atribuído a los canarios una voz de otra procedencia. Más bien hay que preguntarse desde cuándo los isleños habían perdido todo contacto con el continente y cómo se verificó éste en el tiempo en que, forzosamente, existió. Ello lleva a pensar en los medios indígenas de navegación de estos pueblos berberiscos, ya que nada podemos decir, a este propósito, de los canarios. Es asunto interesante, cuyo examen reservamos para otra ocasión. Digamos sólo ahora que la presencia en Gran Canaria de estas voces árabes puede sugerirnos que este contacto marítimo pudo prolongarse hasta época reciente, hasta una época posterior a la conquista musulmana del Magreb (siglos VII-VIII).

El progreso de la dominación árabe, de la arabización, a lo largo de la costa atlántica africana es lento. De momento se limitó al litoral que correspondía a la antigua Tingitana, esto es, a la zona romanizada. Salé, la antigua Sala, era el último puerto. Rabat, enfrente de Salé, en la orilla opuesta del Buregreg, comienza siendo un *ribat*, un campamento fortificado para concentración de guerreros religiosos que han de llevar la «Rijad», la guerra santa, a la tierra del infiel. Hasta el siglo IX, con los Idrisíes, esta guerra no tiene resultados durables. Los Berghuata, la tribu que domina la región costera, resisten largamente la islamización y hasta en un momento dado tratan de crear un islamismo para su uso particular. Idris vence «a las tribus cristianas, judías y paganas». El avance definitivo de la ola musulmana sólo se da cuando otras tribus meridionales, levantando una bandera ultra-islámica, señorean el Magreb: los almoravides del desierto y los almohades del Atlas; con éstos, y no sin luchas durísimas, acaba la tenaz resistencia de los Berghuata y la islamización alcanza el Sus y el Sáhara. No así todavía la arabización lingüística que ha respetado hasta hoy vastas zonas berberófanas en el Atlas y en el Sus.

La costa sahariana se mantuvo también como dominio Zenaga, esto es, beréber, hasta el siglo XV, acaso el XVI. Entonces y sólo entonces sobreviene la invasión de los beduinos Duai Hasán o hasaníes, que rechazan hacia el S. a los zenagas o azanegues, y así arabizan el Sáhara Occidental o Atlántico, a diferencia del resto del Gran Desierto, que ha mantenido en lenguaje y cultura, ya que no en religión, gran parte de sus tradiciones pre-islámicas. Aquí mismo en el extremo occidente, en la región comprendida entre la bahía del Lebrél y el río Senegal, en el país absurdamente llamado «Mauritanie» por la administración francesa, han persistido hasta hoy grupos de zenagas berberófonos, aunque presumiendo de archí-islámicos.

¿Por qué no hemos de suponer que los últimos contactos eficaces

con sus parientes continentales los mantuvieron los gran-canarios en una época en que aquéllos, todavía no islamizados, habían sin embargo tenido ya un cierto grado de relación y sufrido alguna influencia árabe? Esas tribus «cristianas, judías y paganas», sin duda principalmente paganas, tuvieron que conocer, antes de someterse, muchas cosas y muchas palabras de sus enemigos.

No es posible aventurar más, ni precisar nada, pues desgraciadamente este momento de la historia del Magreb-al-Aksa, del actual Marruecos, es, por falta de fuentes, el más oscuro de los «siècles obscurs du Magreb», como Gautier calificó la alta Edad Media del África del Norte. Es una hipótesis para explicar un hecho. La mantendremos mientras este hecho no halle explicación por otros caminos más llanos (25).

---

(25) Hemos omitido toda referencia bibliográfica en el apartado III de este estudio, por ser sólo un esbozo general de los materiales a que se alude. También al terminar debemos referirnos a la forma simplificada que hemos dado a los nombres árabes. Tanto nuestra incompetencia como la falta de tipos especiales nos vedaban una transcripción sistemática, que por lo demás resulta ininteligible para el lector no lingüista, hasta el punto que los propios arabistas la abandonan o alteran cuando escriben para un público diferente del especial de sus estudios. Sirvanos, pues, de excusa.